

EL HOMBRE QUE RIE.

EL HOMBRE QUE RIE.

1869.

PREFACIO.

En Inglaterra todo es grande, hasta lo que no es bueno, hasta la oligarquía. El patriciado inglés es el verdadero patriciado, en el sentido absoluto de la palabra. No ha existido feudalidad más ilustre, más terrible, ni más viable; esta feudalidad hubo momentos históricos en que fué útil. En Inglaterra es donde debe estudiarse el fenómeno de la señoría, como en Francia debe estudiarse el del monarquismo. El título verdadero de este libro sería *La aristocracia*. Otro libro, que seguirá á éste, podrá titularse *La monarquía*; y estos dos libros, si el autor consigue terminar el trabajo que se impone, precederán y abrirán paso á otro, que se titulará *El noventa y tres*.
Hauteville-Housse 1869.



EL HOMBRE QUE RIE.

PRIMERA PARTE.

EL MAR Y LA NOCHE.

Dos capítulos preliminares.

I.

Ursus.

II.



URSUS y Homo estaban ligados por los vínculos de íntima amistad; Ursus era un hombre y Homo un lobo. Habían simpatizado. El hombre bautizó á la fiera, y probablemente también se habría elegido su nombre: habiéndole parecido Ursus bueno para él, le parecería bueno Homo para el animal. La reunión de los dos era provechosa para las ferias, para las fiestas de la parroquia, para las calles y plazas, en las que los transeuntes se atropellan por oír contar patrañas y por oír á Dulcamaras.

Le gustaba á la multitud ver un lobo dócil y habilidoso; verle amansado le complacía. Nos es agradable ver desfilar

ante nuestra vista todas las variedades de la domesticación, y por eso se acumula tanta gente á ver pasar los cortejos reales.

Ursus y Homo iban recorriendo de calle en calle, desde las plazas públicas de Aberystwith, hasta las plazas públicas de Yedburg, de país en país, de condado en condado, de ciudad en ciudad. Cuando agotaban un mercado se iban á otro. Ursus habitaba en una choza portátil, que Homo estaba bastante civilizado para arrastrar de día y vigilar de noche. En los caminos difíciles, en las subidas, cuando encontraba mucho barro ó embarazos en el camino, el hombre tiraba fraternalmente al lado del lobo para ayudarle á llevar la carga. De este modo envejecían juntos. Acampaban á la ventura en un erial ó en un soto, en un cruzamiento de caminos, á la entrada de una aldea, á las puertas de un villorrio, en los mercados, en el átrio de las iglesias, en cualquier parte. Cuando la carreta se paraba en el campo donde se exponía alguna feria, cuando la muchedumbre corría hácia ellos y

formaba círculo á su alrededor, Ursus peroraba y Homo aprobaba. Homo, con una artesana en la boca, pasaba pidiendo por la concurrencia. Así se ganaban la vida. El lobo era instruido, el hombre también; aquel fué educado por éste y éste por sí solo, y diversas habilidades del lobo contribuían á que hiciera gran colecta.—Sobre todo no degeneres en hombre, le decía su amigo.

El lobo no mordía nunca, el hombre algunas veces; á lo menos Ursus pretendía morder. Ursus era misántropo, y para disipar su misantropía se hizo volatinero, y también para poder vivir, porque el estómago impone sus condiciones. Además, el volatinero misántropo, ya para complicarse ó ya para completarse, era médico. No solo médico, sino ventrílocuo. Se le oía hablar sin verle mover la boca. Copiaba exactamente el acento y la pronunciación de cualquiera é imitaba la voz, hasta el punto de confundirse con la de la persona imitada. El solo copiaba el murmullo de una multitud. Reproducía toda clase de gritos de animales, de tal modo, que, según su voluntad, os hacía oír, ó una plaza pública llena de rumores humanos, ó un bosque lleno de voces de bestias.—Esta clase de talentos, aunque son muy raros, existen. En el último siglo un tal Touzel, que imitaba las muchedumbres de hombres y de animales juntos y que copiaba todos los gritos de las bestias, fué agregado á la persona de Buffon bajo este concepto.—Ursus era sagaz, inverosímil y curioso, é inclinado á las explicaciones singulares que llamamos fábulas, aparentaba creer en ellas. Esta desvergüenza formaba parte de su malicia. Miraba las rayas de las manos de cualquiera, abría libros al acaso y sacaba consecuencias, profetizaba la suerte, predecía que era peligroso encontrar un asno negro, y más peligroso todavía en el momento de ponerse en viaje oír que nos llama alguno que no sabe á dónde nos vamos. Ursus decía: “Nos diferenciamos el arzobispo de Cantorbery y yo, en que yo confieso.” El arzobispo, justamente indignado, le hizo llamar; pero el discreto Ursus desarmó á su gracia recitándole un sermón de cosecha propia sobre el *santo día de Christinas* (1), que el arzobispo con afán aprendió de memoria, predicó en el púlpito y publicó como suyo, y le perdonó.

(1) Así llaman los ingleses á la Natividad del Señor.—(N. del T.)

Ursus era médico y curaba con yerbas; conocía muy bien las simples. Sacaba partido del profundo poder que encierran una porción de plantas desdeñadas; usaba las hojas del titimalo, que arrancadas de la parte baja de la planta sirven de purga, y arrancadas de la parte alta sirven de vomitivo; curaba el mal de la garganta por medio de la excrecencia vegetal conocida por el nombre de *oreja de judío*; sabía cuál es la planta que cura al buey y cuál es la yerba buena que cura al caballo; conocía las virtudes de la mandrágora, que nadie ignora que pertenece á los dos sexos. Daba recetas, curaba las quemaduras con la lana de la salamandra, de la que Neron, según dice Plinio, tenía una servilleta. Vendía panaceas. Se decía que en otro tiempo estuvo encerrado en Bedlam; le hicieron el honor de tenerle por insensato, pero le dieron la libertad en cuanto se apercibieron de que era poeta. Esta historia probablemente no sería verdadera, pero nos vemos obligados á sufrir muchas de estas leyendas.

La verdad es que Ursus era sabiondo, hombre de gusto y poeta latino. Era instruido en dos ramos del saber humano; hipocratizaba y pindarizaba. Era capaz de componer con tanta habilidad como el Padre Bouhours tragedias jesuíticas. Como consecuencia de su familiaridad con los venerables ritmos y metros de los antiguos, poseía imágenes enteramente suyas y toda una familia de metáforas clásicas. Decía que una madre, á la que precedían sus dos hijas, era un *dáctilo*; que un padre, seguido por dos hijos, era un *anapesto*, y que un niño, que iba entre su abuelo y su abuela, era un *amfímacro*.

Tanta ciencia solo podía conducir á morir de hambre. La escuela de Salerno dice: “Comed poco y con frecuencia.” Ursus comía poco y rara vez, obedeciendo de este modo á la mitad del precepto y desobedeciendo á la otra mitad; pero esto era culpa del público, que muchas veces no acudía y que compraba pocas recetas. Ursus decía:—“La espectoración de una sentencia alivia. Al lobo le consuela el aullido, al cordero la lana, á la mujer el amor y al filósofo el epifonema.”—Ursus, cuando la necesidad le apremiaba, componía comedias, que representaba después, y esto le ayudaba á vender sus drogas. Entre otras compuso una pastoral heroica en honor del caballero Hugh Middleton, que en 1608 con-

dujo un río á Londres. Dicho río corría apaciblemente por el condado de Hartford, á sesenta millas de Londres; fué allí acompañado de una brigada de seiscientos hombres, armados con útiles á propósito para la obra que iba á emprender; se puso á remover la tierra, á ahondarla por aquí, á elevarla por allá, á veinte piés de altura ó á treinta piés de profundidad; hizo acueductos de madera en el aire, puentes de piedra, etc., y una mañana el río entró en Londres, que carecía de agua. Ursus transformó todos esos detalles vulgares en una linda bucólica entre el río Támesis y el río Serpentina: el primero invitaba al segundo á que llegase hasta donde él estaba, ofreciéndole su lecho, y le decía:—“Soy demasiado viejo para agradar á las mujeres, pero soy bastante rico para pagarlas.”—Ingeniosa y galante manera de expresar que sir Hugh Middleton había hecho todos los trabajos á sus expensas.

Ursus era notable en el soliloquio. De naturaleza esquiva y charlatana, deseaba no ver á nadie y necesitaba hablar á alguno, por lo que vencía esta dificultad hablando consigo mismo. Todo el que haya vivido en la soledad sabe hasta qué punto es natural el monólogo. La palabra interior pica; arengar en el espacio quita la picazón. Hablar en voz alta y solos, produce el efecto de un diálogo entablado con el dios que cada uno tiene dentro de sí mismo. Sabido es que Sócrates tenía la costumbre de perorarse y Lutero también. Ursus era como esos grandes hombre; poseía la facultad hermafrodita de ser su propio auditorio. Se preguntaba y se respondía, se glorificaba y se insultaba. Desde la calle se le oía hablar dentro de su choza. Los transeúntes, que tienen su modo de apreciar á las gentes de talento, decían:—“Es un idiota.” Se injuriaba unas veces, como acabamos de decir, pero también otras se rendía justicia. Un día, en una de las alocuciones que se dirigía á sí mismo, se le oyó decir:—“He estudiado el vegetal en todos sus misterios, en el tallo, en el botón, en los pétalos, en los estambres, en el óvulo, etc., en todas sus partes. He profundizado la cromacia, la osmosia y la chimosia, esto es, la formación del color, del olor y del sabor.”—Sin duda alguna era fátuo el certificado que Ursus se expedía á sí mismo, pero que los que no hayan profundizado la cromacia, la osmosia y chimosia que le arrojen la primera piedra.

Por su fortuna Ursus no había ido nunca á los Países-Bajos, que si hubiera ido, indudablemente le hubieran pesado para saber si tenía el peso normal, ó excedía, ó no llegaba, y le consideraban como á brujo. En Holanda la ley fijaba sábiamente este peso: nada más sencillo ni más ingenioso. Se hacía la prueba poniéndolos en un platillo, y evidentemente érais brujo si destruíais el equilibrio: pesábais demasiado, os ahorcaban: pesábais poco, os quemaban. Hoy puede verse todavía en Ondewater la balanza para pesar brujos, que en la actualidad sirve para pesar queso. ¡Tan to ha degenerado la religión!... Ursus hizo bien en no querer sujetarse á esta balanza, y por eso se abstuvo de visitar la Holanda; creemos además que no salió nunca de la Gran-Bretaña.

Fuera de esto lo que fuere, siendo como era pobre y hurón y habiendo conocido en un bosque á Homo, adquirió la afición á la vida errante. Iba con el lobo por los caminos y vivía con él á la ventura la gran vida del aire libre. Era industrioso, tenía muchas ideas y poseía el arte de curar, de operar, de quitar las enfermedades y de ejecutar particularidades sorprendentes; le consideraban como hábil saltimbanqui y como diestro médico; creían que poseía algo la magia, aunque no mucho, porque era malsano en esa época ser tenido por amigo del diablo. Verdaderamente Ursus, por amor á la farmacia y por amor á las plantas, se exponía, yendo muchas veces á recoger yerbas en sitios muy peligrosos, corriendo el riesgo, que hace constar el consejero del Ancre, de encontrarse á la caída de la tarde con un hombre saliendo debajo de tierra, “tuer to del ojo derecho, sin capa, con la espada al cinto y con los piés desnudos.”

Ursus, de formas y temperamento caprichosos, era demasiado sincero para atraer el granizo, para aparecer con dos caras, para matar á un hombre haciéndole bailar con exceso, para proporcionar sueños dulces ó sueños espantosos y para hacer nacer gallos de cuatro alas: era incapaz de semejantes trapacerías. Era también incapaz de ciertas abominaciones, como por ejemplo: hablar en alemán, en hebreo ó en griego, sin saberlo, lo que sería signo de execrable malignidad ó de una enfermedad natural, procedente de algún humor melancólico. Ursus hablaba en latín, porque lo sabía, pero no se permitiría jamás hablar en siriaco, que no

había estudiado; además de que es sabido que el siriaco es la lengua que se usa en los sábados. En medicina prefería Galeno á Cardan, porque aunque éste era muy sábio, era un gusano respecto á Galeno.

En suma, Ursus no era uno de esos personajes á los que persigue la policía. Su choza era bastante larga y bastante ancha para poder acostarse dentro de ella en un cofre, que encerraba sus trajes, poco suntuosos. Era propietario de una linterna, de muchas pelucas y de algunos utensilios, que colgaba en clavos, entre los que había algunos instrumentos musicales. Poseía además una piel de oso, con la que se cubría en días señalados, y él llamaba á esto vestirse. Él decía: *Yo poseo dos pieles; esta es la verdadera, y enseñaba la piel de oso. La choza con ruedas pertenecía á él y al lobo.* Además de su choza, del utensilio de vidrio para operaciones químicas y del lobo, tenía una flauta y una viola, y las tocaba bastante bien. Fabricaba él mismo sus elixires: su talento le sugería algunas veces la cena. Había en el techo de la choza un agujero por el que pasaba el tubo de un hornillo contiguo al cofre y que enrojecía la madera de éste. Este hornillo tenía dos divisiones; en una hacia Ursus cocer la alquimia y en la otra cocía patatas. Por la noche el lobo dormía dentro de la choza amistosamente encadenado: Homo era de pelo negro y Ursus de pelo gris; Ursus contaba ya cincuenta ó sesenta años. Estaba tan resignado á su destino, que comía, como acabamos de decir, patatas, alimento que solo nutría entonces á los cerdos y á los forzados; él las comía resignado. No parecía alto á pesar de ser largo; estaba encorvado y melancólico. La naturaleza le formó para que estuviese triste; le era difícil sonreír y le había sido siempre imposible llorar. Le faltaba el consuelo de las lágrimas y el paliativo de la alegría. El hombre viejo es una ruina que piensa; eso era Ursus: poseía la locuacidad del charlatan, la flacura del profeta y la irascibilidad de una mina cargada. En su juventud fué filósofo en casa de un lord.

Esta historia sucedía hace ciento ochenta años, en la época en que los hombres eran más fieras que lo son en la actualidad... pero poco más.

II.

Homo no era un lobo cualquiera. Por su apetito de nisperos y de manzanas se

le hubiese podido creer lobo de pradera; por sus aullidos, que casi degeneraban en ladridos, se le hubiera podido tomar por el culpeu de Chile; pero no se ha estudiado aun lo suficiente la pupila del culpeu para no estar seguros de que no es un zorro, y Homo era un lobo verdadero. Tenía cinco piés de longitud, que es mucha, hasta para un lobo de la Lituania: era muy fuerte; tenía la mirada oblicua, sin culpa suya; tenía la lengua suave, y algunas veces lamía á Ursus; tenía estrecha línea de pelos cortos sobre la espina dorsal, y no era flaco ni grueso. Antes de conocer á Ursus y de tener que arrastrar una carreta, recorría alegremente cuarenta leguas en una noche. Ursus le encontró oculto en una espesa maleza, cerca de un arroyo de agua viva, y le cobró afecto cuando le vió pescar cangrejos con habilidad y con paciencia, reconociendo en él á un legítimo lobo koupara.

Como á bestia de carga, Ursus prefería Homo á un burro. Le hubiera repugnado que un asno arrastrase su choza: daba al asno demasiada importancia para que hiciese ese papel. Además, había observado que el burro, ese soñador de cuatro patas, pone tiesas las orejas algunas veces cuando los filósofos dicen tonterías. En la vida, entre nuestro pensamiento y nosotros, el asno es un tercero. Como á amigo, Ursus prefería Homo á un perro, creyendo que vá tan lejos como éste en materia de amistad. Por eso Homo bastaba á Ursus; era para éste más que un compañero, era su análogo. Ursus decía de él: *He encontrado mi segundo tomo.* Añadiendo además: — Cuando yo muera, el que desee conocerme tendrá que estudiar á Homo, porque le dejaré en la vida como una copia conforme con el original.

La ley inglesa, poco cariñosa con las fieras, pudo proceder contra este lobo al verle recorrer familiarmente las ciudades; pero Homo se acogía á la inmunidad concedida á los domésticos por un estatuto de Eduardo IV, que decía: *“Podrá todo doméstico ir y venir libremente, siguiendo á su amo.”* Además, produjo este relajamiento en beneficio de los lobos la moda de las mujeres de la corte en los tiempos de los últimos Estuardos, que consistía en tener á guisa de perros pequeños lobos corsacs, del tamaño de gatos, que se hacían traer de Asia á peso de oro.

Ursus había comunicado á Homo par-

te de lo que él sabía; á tenerse en pié, á desvanecer la cólera en mal humor, á refunfuñar en vez de aullar; y por su parte el lobo había enseñado al hombre lo que sabía también, á no vivir bajo techo, á conformarse á no tener pan ni fuego y á preferir el hambre en un bosque á la esclavitud en un palacio.

La choza, especie de cabaña-coche, que seguía itinerario variado sin salir de Inglaterra ni de Escocia, llevaba cuatro ruedas y las barras, á las que se unía el lobo, y un balancin para el hombre; la choza era sólida, como convenía que fuese para atravesar los caminos malos, pero construida de planchas ligeras; tenía por delante una puerta con cristales y un balconcillo, que lo aprovechaba Ursus para arengar á la multitud, y que era para él entre tribuna y púlpito; y por la parte de detrás tenía una puerta maciza con agujeros respiratorios. La caída de un estribo de tres escalones, girando sobre una charnela y colocado detrás de dicha puerta, daba entrada á la choza, que se cerraba por la noche con cerrojos. Había caído sobre dicho vehículo mucha agua y mucha nieve. Estuvo pintado, pero ya no se conocía de qué color. Delante y por la parte de afuera, y en una especie de frontispicio hecho de una plancha delgada de madera, en otro tiempo se podía descifrar esta inscripción, escrita con caracteres negros sobre fondo blanco, que se habían poco á poco confundido y borrado:

“El oro pierde anualmente por su tratamiento un catorce por ciento de su volumen; de lo que se deduce que de cada mil cuatrocientos millones de oro que circulan por todo el mundo, se pierde todos los años un millón. Este millón de oro se convierte en polvo, se vuela, flota, se atomiza, se hace respirable, se carga y pesa, le aspiran á dosis las conciencias y se amalgama con el alma de los ricos, á los que hace soberbios, y con el alma de los pobres, á los que hace feroces.”

Esta inscripción, borrada y deshecha por la lluvia y por la bondad de la Providencia, era por fortuna ilegible, porque es probable que la filosofía enigmática y transparente del oro respirable hubiera disgustado á los sheriffs, prebostes y otros representantes de la ley. La legislación inglesa no se chanceaba en esa época. Con facilidad creía felon á cualquiera. Los magistrados eran feroces por tradición y la crueldad era de

rutina; los jueces inquisidores pululaban; Jeffrys se había reproducido con profusión.

III. ←

En el interior de la choza había dos inscripciones más. Encima del cofre, sobre la pared de planchas blanqueadas con cal, se leía ésta, escrita con tinta:

“Únicas cosas que importa saber.

El baron, que es par de Inglaterra, lleva un burulete con seis perlas.

La corona empieza en el vizcondado.

El vizconde lleva una corona de perlas sin número fijo; el conde una corona de perlas con puntas entremezcladas con hojas de mata de fresa; el marqués, perlas y hojas de igual altura; el duque, florones sin perlas; el duque real, un círculo con una cruz y flores de lis, y el príncipe de Gales, una corona semejante á la del rey, pero que no está cerrada.

El duque tiene el tratamiento de *muy alto y poderoso príncipe*; el marqués y el conde de *muy noble y poderoso señor*; el vizconde de *noble y poderoso señor*, y el baron *verdaderamente señor*.

Al duque se le llama *su gracia* y á los demás pares *su señoría*.

Los lores son inviolables.

Los pares constituyen cámara y córte, *concilium et curia*, legislatura y justicia.

Most honourable, es más que *Right honourable*.

Los lores pares son calificados de “lores de derecho”; los lores que no son pares, de “lores de cortesía”.

El lord no presta jamás juramento ni al rey ni á la justicia; su palabra basta; dice: *Por mi honor*.

Los comunes, esto es, el pueblo, que los lores envían á la barra, se presentan en ella humildemente, con la cabeza descubierta ante los pares, que no se descubren.

Los comunes envían á los lores los bills por medio de una comision compuesta de cuarenta miembros, que los entregan haciendo tres profundas reverencias.

Los lores envían á los comunes sus bills por medio de un escribiente.

En caso de conflicto, las dos Cámaras conferencian; los pares están sentados y cubiertos y los comunes descubiertos y en pié.

Segun una ley de Eduardo IV, los lores gozan del privilegio del homicidio simple. Un lord que mata á un hombre no es perseguido.

Los barones tienen la misma categoría que los obispos.

Para ser baron par es preciso conseguirlo del rey, *per baroniam integram*, por baronía íntegra.

La baronía íntegra se compone de treinta feudos nobles y un cuarto de feudo; cada feudo noble producía veinte libras esterlinas, lo que sumaban cuatrocientos marcos.

El vínculo de la baronía, *capu baroniae*, lo constituía un castillo regido como la misma Inglaterra, esto es, que no pudieran heredarlo hembras más que á falta de varones, y aun en este caso solo la hija mayor, *ceteris filiabus aliunde satisfactis*.

Los barones poseen la cualidad de *lord*, que proviene de la palabra sajona *laford*, cuya etimología deriva de *dominus*, del latín clásico, y de *lordus*, del latín corrompido.

Los hijos primogénitos y segundo-génitos de los vizcondes y de los barones son los primeros escuderos del reino.

Los primogénitos de los pares pueden entrar en la órden de caballería de la Jarretiera, los segundo-génitos no.

El hijo mayor de los vizcondes se coloca despues de los barones y antes que los baronets.

Las hijas de los lores se llaman *lady*; las otras doncellas inglesas se llaman *miss*.

Los jueces son inferiores á los pares. El alguacil lleva una capucha de piel de cordero; el juez un capuchon *de minuto vario*, de pieles blancas de todas clases, menos de armiño; éste quedaba reservado para los pares y para el rey.

No se puede conceder un *supplicavit* para los lores.

Los lores solo pueden estar presos en la torre de Lóndres.

El lord al que el rey llama á su palacio tiene el derecho de matar un gamo ó dos en el parque real.

Los lores tienen en su castillo córte de baron.

Es indigno de un lord ir por la calle con capa y seguido de dos lacayos. No debe presentarse en público más que con gran tren de gentiles-hombres domésticos.

Los pares van al Parlamento en carrozas especiales, los comunes no. Algunos pares van á Westminster en carruaje de cuatro ruedas; éstos carruajes y aquellas carrozas blasonadas solo se permiten usar á los lores y forman parte de su dignidad.

Un lord no puede ser condenado á pagar una multa más que por otros lores, y ésta no debe exceder de cinco schellins, exceptuando el duque, que puede ser condenado á pagar diez.

Un lord puede tener en su casa seis extranjeros; los demás ingleses no pueden tener más que cuatro.

Un lord puede comprar ocho toneles de vino sin pagar derechos.

Un lord está exceptuado de presentarse al sheriff del departamento.

El lord está libre de pertenecer á la milicia.

Cuando le place á un lord organiza un regimiento y se lo entrega al rey; así lo hicieron sus gracias el duque de Athol, el duque de Hamilton y el duque de Northumberland.

Un lord no puede depender más que de lores.

En los procesos de interés civil, puede pedir que se inhiban del conocimiento de la causa si entre los jueces no hay al menos un caballero.

El lord nombra sus capellanes. Un baron puede nombrar tres; un conde y un marqués cinco y un duque seis.

Un lord no puede ser castigado con el tormento, ni aun por delito de alta traición.

El lord es letrado, aunque no sepa leer. Sabe de derecho.

Un duque hace que le acompañe por todas partes un dosel, cuando el rey no está; un vizconde tiene un dosel en su casa; un baron tiene un tapete de escarlata, que hace poner debajo de la copa mientras bebe; una baronesa tiene derecho de que un hombre le lleve la cola ante una vizcondesa.

Ochenta y seis lores, ó los primogénitos de estos lores, presiden á las ochenta y seis mesas de quinientos cubiertos cada una, que se sirven todos los días á su majestad en su palacio á expensas del país que rodea á la residencia real.

A cualquier plebeyo que pegue á un lord se le cortará la mano por el puño.

El lord es casi casi un rey.

El rey es casi casi Dios.

La tierra es un lordship.

Los ingleses llaman á Dios *milord*.

Frente á frente de esta inscripción había escrita otra, que decía lo siguiente:

«Satisfacción que debe bastar á los que nada poseen.»

Enrique Anverquerque, conde de Grantham, que se sienta en la Cámara de los lores entre el conde de Jersey y el conde de Greenwich, tiene cien mil li-

bras esterlinas de renta. Pertenece á su señoría el palacio Grantham-Terrace, construido todo él de mármol y célebre por su laberinto de corredores, que es una verdadera curiosidad. Contiene el corredor encarnado, que es de mármol de Sarancolin; el pardo imitando mariscos, de Astracan; el corredor blanco, de mármol de Laui; el gris, de mármol de Staremme; el corredor amarillo, de mármol de Hesse; el verde, de mármol del Tirol; el corredor azul turquí, de Génova; el violeta, de granito de Cataluña; el corredor de luto, blanco y negro, de schiste de Murviedro; el corredor rosa, de los Alpes, y el corredor de todos los colores, llamado el corredor de los cortesanos.

Ricardo Lowther, vizconde Lonsdale, posee en Lowther, en el Westmoreland, un palacio fastuoso, cuyo pórtico parece que invite á los reyes á entrar.

Ricardo, conde de Scarborough, baron Lumley y vizconde de Waterford en Irlanda, lord teniente y vice-almirante del condado de Northumberland y de Durham, posee villa y condado y la doble castellanía de Stansted, la antigua y la moderna, en la que se admira una soberbia verja en semicírculo, que rodea un gran estanque que tiene incomparable salto de agua. Posee además su castillo de Lumley.

Roberto Darcy, conde de Holderness, en cuyo condado tiene sus dominios, con torres de baron y con muchos jardines á la francesa, en los que se pasea en carroza de seis caballos, precedido de dos picadores, como conviene á un par de Inglaterra.

Cárlos Beanderck, duque de Saint-Albans, conde de Burford, baron Heddington, gran halconero de Inglaterra, tiene un palacio régio en Windsor, al lado del rey.

Cárlos Bodeille, lord Robartes, baron Truro, vizconde Bodmyn, posee un edificio en Cambridge que forma tres palacios, como tres frontones, uno arqueado y dos triangulares; se llega á él por una cuádruple fila de árboles.

El muy noble y muy poderoso lord Felipe Herbert, vizconde de Caerdif, conde de Montgomery, conde de Pembroke, señoría y par de Candall, Marazion, San Quintin y Charland, visitador hereditario del colegio de Jesús; posee el maravilloso jardín de Wilton, en el que hay dos fuentes más preciosas que las de Versalles, del rey Cristianísimo Luis XIV.

Cárlos Seymour, duque de Somerset, posee la Somerset-Housse, sobre el Támesis, que iguala á la villa Panfilia de Roma. Descansan sobre su gran chimenea dos vasos de porcelana de la dinastía de los Yuen, que valen en Francia medio millon.

Posee Arturo, lord Ingram, vizconde de Irwin, en Yorkshire, un Temple-Newsham, al que se entra por un arco de triunfo, y cuyos anchos tejados aplastados se parecen á terrazas moriscas.

Robert, lord Ferrers de Chartley, Bouchier et Lovaine, tiene en Leincestershire un Staunton Harold, cuyo parque ostenta la forma de un templo con fronton; delante de su estanque descuellan la iglesia señorial con campanario cuadrado.

En el condado de Northampton, Charles Spencer, conde de Sunderland, miembro del Consejo privado de su majestad, posee el palacio de Althrop, al que se entra por una verja que tiene cuatro pilares, encima de los que hay grupos de mármol.

Lorenzo Hyde, conde de Bochester, posee en Surrey un New-Parke magnífico por sus acróteras esculpidas, su jardín circular rodeado de árboles y por sus bosques, en cuya extremidad se encuentra una pequeña montaña, artísticamente redondeada, en cuya cima campea una gran encina, que se vé desde muy lejos.

Lord Cornwallis, baron de Eye, posee á Brome-Hall, que es un palacio del siglo catorce.

El muy noble Algermon Capel, vizconde de Maldeu, conde de Essex, posee el Cashiobury, castillo que tiene la forma de una H mayúscula, en el que hay abundante caza mayor.

Cárlos, lord Ossulstone, posee á Dawly en Middlesex, al que se entra pasando por jardines á la italiana.

Jaime Cecill, conde de Salisbury, posee el palacio Hartfield-Housse, con sus cuatro pabellones señoriales, la torre de atalaya al centro y su patio de honor, pavimentado de mármol blanco y negro, como el de Saint-Germain. Este palacio, que tiene doscientos setenta y dos piés de frontispicio, fué construido en tiempos de Jacobo I por el gran tesoro de Inglaterra, bisabuelo del conde actual. Se conserva en él la cama de una antigua condesa de Salisbury, de inestimable precio, construida de madera del Brasil, y que sirve de panacea para la mordedura de las serpientes, cuya